



REIA #9 / 2017
130 páginas
ISSN: 2340-9851
www.reia.es

José Morales y Sara Giles

disoluciones@arrakis.es

Proyecto, espacios, deseos. Alteraciones sobre el habitar / Project, space, desires. Alterations on living

Nuestros entornos urbanos, y sus espacios de relación, se presentan como una oferta para repensar la relación entre la acción proyectual y el habitar.

En primer lugar, se hace pertinente reformular segundas vidas para nuestros entornos y arquitecturas obsoletas. Esta reflexión debe ir acompañada del intento por destituir la dictadura visual de las vanguardias, que objetualizaba las arquitecturas en un ejercicio de sorpresa para la mirada.

Así mismo, es preciso reorganizar los planos y los suelos de relación en las arquitecturas que denominamos públicas, y que podrían consistir en la reformulación de los soportes.

Por último, habría que fortalecer los sueños y deseos de habitar en el espacio doméstico, a través de figuras como las de la “casa productiva”, abierta a la alteración cotidiana y a los cambios de vida.

Our urban surroundings and their relational spaces represent an opportunity to rethink the relation between the acts of designing and living.

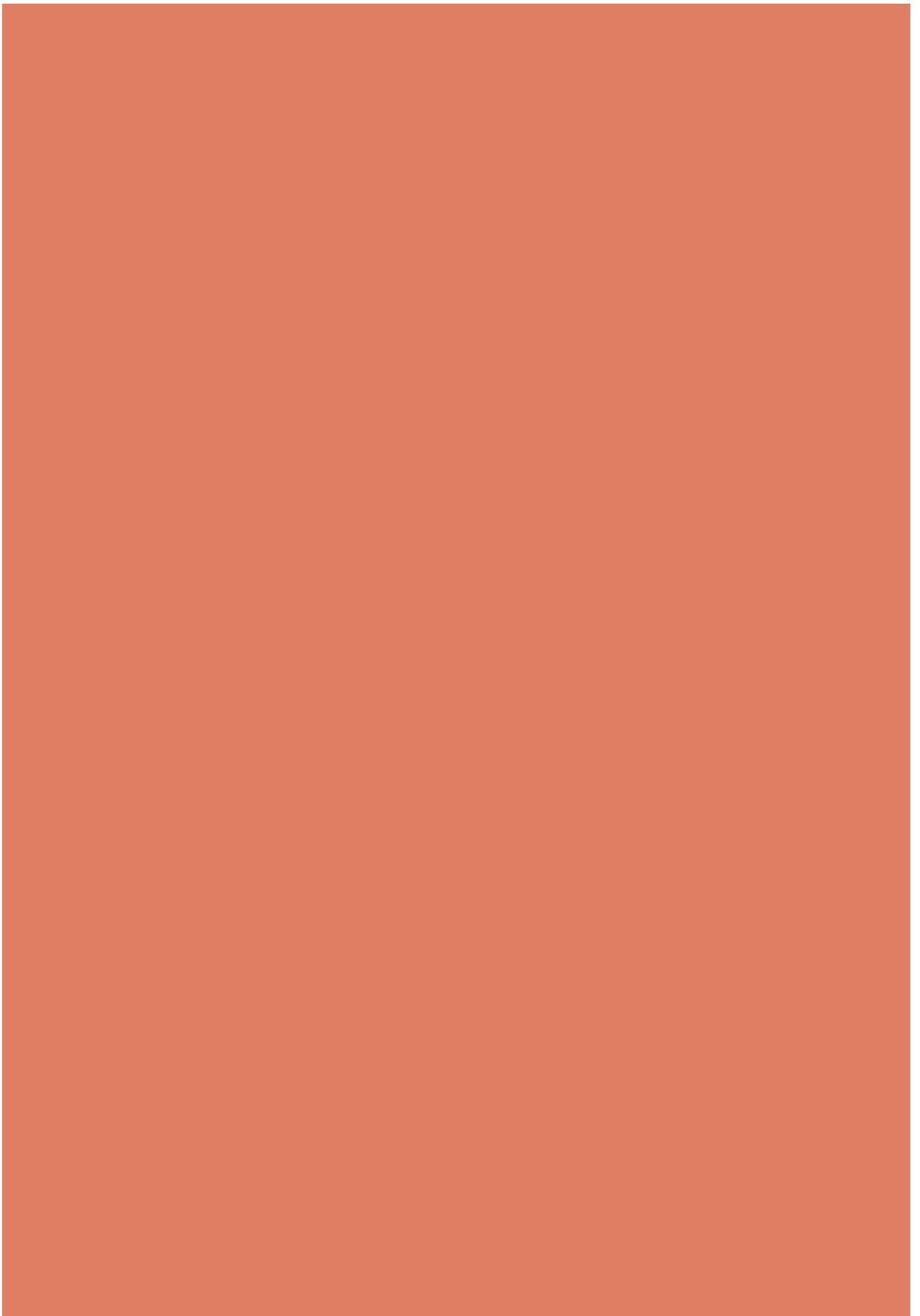
First of all, it becomes relevant to devise second lives for our surroundings and obsolete architectures. This thought has to go with the aim to dismiss the visual dictatorship of the avant-gardes, guilty of objectifying architecture as an exercise of surprise for the view.

Moreover, there is a need for reorganizing the plans and the relational fields of what we call public architecture, which could consist in the formulation of the supports.

Last but not least, it is necessary to strengthen the dreams and desires of living in the domestic space, through concepts like that of the “productive house”, open to daily alteration and life’s changes.

Proyecto y habitar, Espacios de relaciones, Objetualidad moderna, Obsolescencia y proyecto, Espacio doméstico productivo

Fecha de envío: 17/05/2017 | Fecha de aceptación: 04/12/2016



Como si el tiempo se hubiera detenido en nuestro entorno construido, en los paisajes que nos rodean casi todo parece falto de uso, obsoleto.

Esta sensación de detención temporal y de obsolescencia, de falta de uso o de práctica, provoca igualmente una imagen uniforme de lo que nos envuelve, a pesar de la extraordinaria diversidad de construcciones y de circunstancias que se aprecian en la ciudad.

Esta realidad, o mejor podríamos llamar hiperrealidad, marca el contexto, los lugares, siendo el objeto principal de las reflexiones del proyecto contemporáneo.

La falta de sociabilidad se refleja en los lugares comunes¹. Al mismo tiempo, inesperados espacios de encuentro, cargados de acontecimientos, ocupan nuestro interés.

Por otro lado, contextos sin cualidad, revocables, se convierten en nichos de sociabilidad generados sin una arquitectura pública que lo explique o justifique. Pareciera como si la arquitectura de congregación pública se hubiera quedado sin función, al mismo tiempo que el espacio público, improvisado, hubiera sido el resultado de un extraño pacto o acuerdo entre los convocados.

Un espacio alterado, sin cualidades aparentes, improvisado; imprevisto.

El antropólogo Manuel Delgado habla del “espacio de pactos”, para definirlo como aquél que no se produce en base a quienes somos, sino en base a lo que nos ocurre².

Este espacio no se explicaría desde su significado, ni desde la argumentación simbólica o la histórica. Estos lugares se habitan, prosperan o generan en el interior de los edificios, o en espacios públicos, a veces sin vocación para este destino. Se caracterizan por lo que acontece en ellos, y por su capacidad para generar acontecimientos imprevistos. Al mismo tiempo esto provoca tanto el desajuste de los espacios de la ciudad, como la alteración de los edificios en los que discurren y desarrollan los acontecimientos.

Es más interesante confiar en la práctica del espacio. La acción proyectual, en la línea de esta concepción espacial, estaría a favor del fortalecimiento de las relaciones entre los sujetos.

1. Ver: “La Icaria de Henri Lefevre”. En David Harvey, *Ciudades rebeldes. Del derecho de la ciudad a la revolución urbana*. Akal, Madrid 2013.

2. Manuel Delgado. *Sociedades movedizas. Pasos hacia una antropología de las calles*, pág. 50. Anagrama, Barcelona 2007. Aires 2006.

Figura 1. Rauschenberg, *Untitled*, 1954).



En correspondencia con esta intención, la acción proyectual debería centrarse en provocar e inventar modos de estar juntos³.

Ya no funciona el dominio del objeto arquitectónico para ordenar las relaciones entre personas. Esta objetualidad se ha vuelto también obsoleta e ineficaz, insuficiente para el establecimiento de complicidades. Tampoco tiene vigencia ni es productiva la sorpresa surrealista, transformada actualmente en espectáculo, tan apreciada desde el origen de las vanguardias.

Por el contrario, ofrecer espacios practicables, alterables, modificables o de naturaleza cambiante, podría constituir una vía para resolver un proyecto en este medio obsoleto y heterogéneo, de contextos revocables y prescindibles. Una arquitectura de tránsitos y de encuentros, de enlaces y transversalidades, de espacios alterables. Como resultado de

3. Nicolás Bourriard. *Estética Relacional*, pág.73. Adriana Hidalgo editora, Buenos Aires 2006.

estas coincidencias, solapes e intercambios, también es posible plantear tectónicas mutables y canjeables, acordes con el espacio arquitectónico demandado por estas situaciones imprevistas. El espacio arquitectónico se mostraría desde su doblez, reflejaría sus costuras como oferta para acoger el habitar.

Paralelamente habría que pensar en las arquitecturas dormidas, aquellas que por su condición no se encuentran en condiciones de generar acontecimientos o pactos, por lo cual se podrían considerar en proceso de obsolescencia.

Robert Rauschenberg nos ofreció la oportunidad de asociar producción cultural y obsolescencia, tiempos caducados y ensamblajes diversos. Sus obras constituyen una figura posible para entornos y programas que necesitan de una segunda oportunidad, de una nueva vida en contextos distintos para el que fueron construidos, imaginados. Este autor recogía en cada obra otra posibilidad funcional, otro destino, en los entrelazados pedazos y desechos de una época que no confiaba ya en los objetos o figuras. En sus obras, el objeto se sustituye por una reunión de piezas, gestionadas desde un decidido pragmatismo gracias a que se solapan tiempos diversos y acuerdan en una realidad múltiple, reconstruida y compuesta de un modo inesperado. Los restos de una producción que provienen de las economías, de los recursos comerciados, de los arreglos con la vida cotidiana, adquieren una segunda vida, son recuperados y dispuestos en un singular equilibrio. Esta particular reunión de objetos acaba por ensamblarse en una específica ecología de tiempos, usos y concatenaciones formales. Un equilibrio que se inicia en la recuperación de cualquier cosa o resto desusado, incompleto. La recomposición en un nuevo tiempo y uso termina en un desorden acordado y preciso, basado en el recurso a través del enlace formal y la articulación narrativa.

Siguiendo los pasos del propio Rauschenberg, el proceso de montaje se sucede por un ajuste inesperado sin guión preestablecido. La obra no tiene ni principio ni fin. El marco es el que a veces ejerce la soberanía de la composición, acentuando al mismo tiempo la reunión forzada del conjunto. (Fig. 1)

Este ajuste de cuentas, procedente de tiempos diversos, de funciones heterogéneas e identidades dispares, nos sugiere desde nuestra cultura contemporánea la obligación de reponer, de compensar nuestros entornos cotidianos y domésticos. Quizás podría ofrecerse una ecología de los espacios, y de las producciones culturales, destinadas a facilitar complicidades y arreglos, acuerdos y alianzas.

En la arquitectura es el trabajo sobre el espacio, como medio de arreglos y pactos, un buen vehículo para ofrecer este segundo tiempo de oportunidades a un entorno fundamentalmente descompensado, caduco y armado por la acción o el azar de los acontecimientos. Pero, al mismo tiempo es necesario partir de una sociedad múltiple y diferente, en la que ha cambiado el modo de relación, afirmación individual y colectiva.

Nuestro tiempo, más que una mirada hacia el futuro, trata de ajustar cuentas sobre la idea de un pasado fundamentada en el progreso, el deterioro, los desarreglos y el desgaste.

El entorno que hemos heredado, deteriorado pero súper real, a través del que es difícil rescatar ideales, es nuestro campo de trabajo.



Figura 2. Robert Smithson, *Monuments of Passaic* (New Jersey), 1967).



Figura 3. Aldo Van Eyck, *Orphanage, Amstelveenseweg*, Amsterdam (Países Bajos), 1955-60).

Robert Smithson a través de su épico recorrido por los “monumentos de Passaic”, llevó a cabo un ensamblaje a través del desecho y el deterioro. Pero no lo hace mirando al paisaje, no hay horizontes; su mirada se resuelve a través del suelo como espacio de relaciones y de concertación. El suelo hace de unión entre lo dispar y lo heterogéneo, reunión de tiempos y de desechos. El suelo puede juntarlo todo gracias a la acción de recorrerlo o practicarlo. (Fig. 2)

La acción de caminar y de reunir espacio y experiencia, fragmento y deterioro, se engarzan en la épica de un proyecto imperfecto. No es el tiempo de las máquinas.

Se podría establecer un paralelismo de figuras, entre las de este deteriorado y múltiple paisaje y las de los sujetos que habitan los espacios urbanos.

Este proyecto desde el suelo eliminaría cualquier mandato del objeto moderno, que estaba fundamentado en la mirada distante y dominante sobre el entorno. En gran medida, la modernidad en arquitectura se construyó en base a objetos concebidos a través de prototipos y modelos. Pero utilizamos la palabra suelo como campo de maniobras, como espacios que envuelven actividades extrañamente acordadas. Podríamos cambiar mejor la palabra “arquitectura” por la de espacio-campo.

Si prestamos atención al suelo, la épica moderna de los objetos se desvanece. La mirada se trastoca por la práctica del espacio, y el proyecto se convierte en enlazar, conectar, atravesar, estar juntos. Pudiendo ser éste un mecanismo para llevar a la práctica aquello que Rauschenberg conseguía con su obra: devolver a un conjunto de piezas obsoletas una nueva oportunidad de reactivación. Una segunda vida.

Este espacio social contemporáneo, descentrado y múltiple, disgregado y disuelto, reúne a los sujetos a través de pactos posibles, suelos que atan las multiplicidades. Para ello, el objeto arquitectónico debe perder la soberanía, los límites físicos, diluirse o pasar desapercibido.

Daniel Innerarity nos ofrece una figura casi espacial al tratar de explicar la relación entre identidad y pluralidad cultural, como una de las bases

para el establecimiento del espacio en común: “Lo que más contribuye a flexibilizar las identidades es la conciencia de que la distinción entre nosotros y ellos es una construcción contingente, móvil y de márgenes porosos. Se trata de un descubrimiento que contradice nuestra natural tendencia a fabricarnos una coreografía de autoafirmación”.⁴

El suelo, como base de las relaciones espaciales y corporales, es el mejor recurso para estar juntos; este es el proyecto para el edificio público.

Traspasar, atravesar, cruzar espacios, implica desplazar la discusión sobre el objeto moderno hacia la reflexión acerca del soporte; es decir, lo que aguanta las posibles relaciones de conexión y de relación entre los sujetos. La arquitectura de después de la Segunda Guerra Mundial ya transitó por estas cuestiones. La reflexión acerca del proyecto basó parte de sus propuestas en rehabilitar las sociabilidades y las estructuras de relación espacial en la arquitectura. El soporte y por consiguiente la restitución de un “tapete de juego” fue centrando la atención de Yonna Friedman a los Smithson, de Le Corbusier a Aldo Van Eyck. Investigaciones y propuestas en el entorno devastado de un tiempo precario que había dinamitado el espacio común entre finales de los treinta y mediados de los cuarenta. (Fig. 3)

En la situación actual, no se trataría de huir de la tierra ni de la cota 0. En ocasiones, en la postguerra europea la negación del suelo natural era el resultado del rechazo a una defensa de la propiedad y de las fronteras. Actualmente, esta concepción se va modificando hacia nuevas expectativas.

La tierra y sus procesos naturales, la materia, el clima, el aire, pueden ayudar a constituir las bases sobre las que trabajar y fundamentar el suelo como acuerdo. Quizás la naturaleza, lo natural, sea la base del pacto. Estos pactos de sujetos en relación con los espacios, concordaría con una materialidad refundada, por una tectónica que rehabilita sus orígenes. Una rehabilitación que lejos de recomponer significados y memorias, atraigan por su literalidad o inmediatez para configurar espacios y sitios para el desarrollo de los acontecimientos.

Por otro lado, rescatando lo descrito anteriormente, ofrecer espacios practicables, alterables, modificables, o de naturaleza cambiante, podría también constituir una vía para resolver un proyecto en nuestro entorno construido, obsoleto y heterogéneo, de contextos revocables y prescindibles. Sería preciso reformular la idea de soporte y suelo, formulando formas de relación lo más generosas y amplias posibles, que activen el habitar

Se deberían proponer espacios en gran medida reprogramables y alterables, en correlación con una sociedad tramada por pactos y acuerdos de complicidad y la vez de diferencia. Por otro lado no es lógico restituir sociabilidades en base a espacios y edificios públicos que funcionen a modo de guante, según funciones, credos o símbolos acotados, delimitados y con destinos temporales precisos.

Surge la necesidad de “desprogramar” los modelos obsoletos actuales para permitir acoger las variaciones y necesidades del habitar contemporáneo.

4. Daniel Innerarity. *El nuevo espacio público*, pág. 148. Espasa, Madrid 2006.



Figura 4. Casas productivas. Chiclayo. Perú.
(Ftgs. Balcazar y Guado).



Figura 5. Gordon Matta-Clark, *Bronx Floor*
(Nueva York), 1972-73).

La progresividad como concepto que permite ir acogiendo las variaciones del habitar a través de los espacios es una de las condiciones para que la alteración y el cambio se generen en los espacios comunes.

La reprogramación de espacios forma parte de un procedimiento a través del que fortalecer la vida cotidiana. Queremos pensar en un espacio de habitar elástico, dúctil, en el que el espacio se transforme por el acontecer cotidiano.

Por lo que se refiere al espacio doméstico, estas mismas consecuencias afectarían a la organización del espacio. Esta concepción genera un lugar de aperturas y de coincidencias imprevistas, en el que la estancia y su multiplicación o simplificación contrarrestarían la noción de espacio fluido moderno, como lugar dominante y único. (Fig. 4)

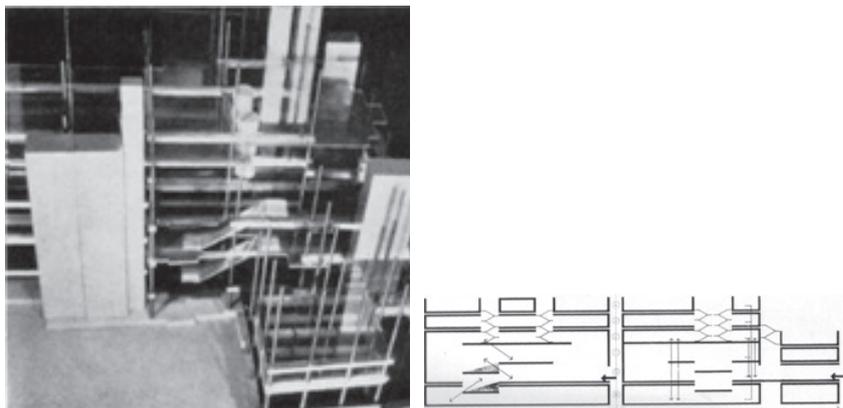
También la mirada, como gesto unificador del espacio, enlazaría los deseos del habitar. Esta reunión de deseos difícilmente se corresponden con el esqueleto de la casa, de una sola vez o en una sola estancia, y conduciría por el contrario a introducir unos espacios en otros. Espacios modelados, no sólo por los objetos domésticos, si no por una idea amplia en base a las acciones del habitar, como acontecimientos.

Unas cuantas imágenes sobre soportes y estancias alteradas ayudan a configurar y reunir espacio doméstico y deseo. En las acciones que realizara Gordon Matta Clark entre 1972 -1973 para las “Bronx floors” fluyen estas intenciones de una estancia a otra en un ejercicio que descubre las múltiples posibilidades de unos espacios recién descubiertos a través de acciones instantáneas. (Fig. 5)

La mirada a través de lo que podríamos describir como “taladros corpóreos”, unifica y enlaza circunstancias diversas, dándonos una nueva oportunidad para experimentar espacios, hasta ese momento independientes e inconexos, en una nueva e inesperada configuración arquitectónica. Aquellas casas a punto de ser demolidas trazan un paralelismo con el destino que hubieran tenido los objetos reunidos por Rauschenberg. Esta actuación les da una nueva oportunidad para ser reactivadas.

El espacio es la rotura del mismo, el proyecto surge desde la alteración como proyecto para habitar. El espacio domestico es el de

Figura 6. Cedric Price, Oxford Circus Corner House London, 1966. Self-Pace Public Skill and Information Hive.



la multiplicación de los sueños. El espacio surge como una rotura y apertura del mismo que solo el tiempo de habitar como alteración podrá ir conformando.

El proyecto aspira a expandirse en el tiempo, a acoger relaciones entre cuerpos y espacios. Frente a todo el pensamiento finalista de producción de objetos soberanos, se plantea un modo de proponer carente de diseño, precario, dispuesto para acoger cambios y transformaciones. Un proyecto que arranca desde la propia obsolescencia de la obra y de su inevitable caducidad provocada por las alteraciones del espacio cotidiano.

Un proyecto como acción que es fruto de una actitud que arranca desde el descreimiento sobre el diseño y los acabados, y que se enriquece, paradójicamente, desde la precariedad de la solución y la toma de decisiones.

El proyecto se va conduciendo en base a decisiones pragmáticas. Pragmatismo, precariedad y escasez en el número de decisiones proyectuales que conducirían a pensar más en los espacios como esqueletos o soportes, de los que cuelgan programas espontáneos que generan múltiples realidades (hiperrealidad).

Es necesario aceptar la alteración y modificación potencial de los espacios, para que estos sigan funcionando. Pragmatismo pero también contingencia gestionarían la toma de decisiones proyectuales. (Dewey, Pierce, Rorty)

A modo de conclusión, una manera de abordar la arquitectura como proyecto en la hiperrealidad que nos rodea, obsoleta por condición y heterogénea, giraría en torno al concepto de desprogramación espacial y a la vez de compatibilidad funcional. Así mismo, sería necesario incorporar la idea de un elemento unificador que le dé un nuevo significado al conjunto heterogéneo. Pudiendo ser un suelo conciliador en la arquitectura pública, y una mirada “des-jerarquizadora” en el espacio doméstico.

Quizás, en el proyecto de Arquitectura, la solución pasaría por el intercambio de la tectónica que soporta el espacio: estructuras que no pueden cerrar perímetros, plantas intermedias que se intercambian por cubiertas. Suelos, que al disolverse con el exterior, colonizan ámbitos descentrados, periféricos. El interior pasaría al exterior y lo de afuera se empotraría en el corazón de los otros espacios. Se reflejaría, en toda esta disposición, un énfasis por reforzar la movilidad en el interior de los edificios destinado a servir de cuenco de relaciones inesperadas, o no acordadas previamente por el proyecto. (Fig. 6)

G. Bohme utiliza un método de pensar para este ajuste de tiempos y de circunstancias, naturalezas y materialidades. Esta manera trataría de compensar actitudes y vías para una realización que se basaría en “micro-ecologías” basadas en la coexistencia. El modo de hacer el proyecto trataría de compatibilizar todas estas realidades y tiempos.

Se trataría de ceder ante la hibridez de programas, culturas y memorias heredadas. A la vez se intentaría descubrir y recuperar la fruición de lo cotidiano.

La producción arquitectónica tendería a la asunción de modos de vivir, historias; artesanías. Una realidad que desbanca el mandato de los objetos en la ciudad y que cede su territorio a los suelos comunes y de los lugares para las reuniones y complicidades posibles.

Obras, espacios, conducidas por lo cotidiano y por las “segundas oportunidades”.